

Biblioteca Selecta

VERDADES Y FANTASIAS



15

RAMÓN SOPENA
PROVENZA 97
BARCELONA

C. N.
59



00040631

APROBACIÓN ECLESIAÍSTICA

VICARIATO GENERAL
DE LA
DIÓCESIS DE BARCELONA

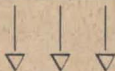
NIHIL OBSTAT
EL CENSOR,
AGUSTÍN MAS FOLCH

Barcelona, 25 de febrero de 1918
IMPRIMASE

EL VICARIO GENERAL,
JUSTINO GUITART

POR MANDATO DE SU SRÍA.,
RAMÓN M.^a FERRÁN
Vice Canc.

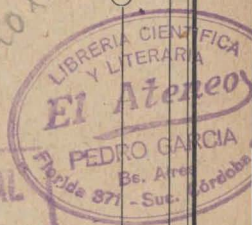
BIBLIOTECA SELECTA



X VERDADES Y FANTASÍAS

29123

120 x 158



BARCELONA
RAMÓN SOPENA, EDITOR
PROVENZA, 93 A 97



VERDADES Y FANTASÍAS

I

Don Tiburcio, don Juan y don Mendo son tres ancianos venerables que se ven por las tardes en el antiguo Café Imperial. Si un día faltasen los tres señores se les echaría de menos como si hubiese desaparecido el propio café. Hace quince años que ninguno de los tres falta a esta tertulia cotidiana, que es la única distracción de sus vidas cansadas y monótonas.

Don Tiburcio, don Juan y don Mendo han cumplido ya y muy honradamente su misión en esta vida y serían felices los tres si no causaran su tormento achaques, alifafes y reliquias que son en sus cuer-



...ninguno de los tres falta a esta tertulia cotidiana...
(Pág. 5.)

pos agotados como las grietas, goteras y desconchaduras en los edificios viejos. Don Tiburcio tenía reuma, principalmente en los juanetes, lo que obligábale a gas-

tar el calzado ancho y con protuberancias, con lo cual sus botas parecían aquejadas de enormes verrugas. Cuando don Tiburcio renqueaba haciendo una mueca de dolor a cada paso, el cambio de tiempo inmediato era cosa segura. Llevaba en los pies un pronóstico del tiempo mucho más seguro que el mejor *Zaragozano* y que muchos barómetros.

Don Juan padecía asma ; respiraba con ansia, siempre boqueando como un pez acabado de pescar.

En cuánto a don Mendo, si bien no era víctima de ningún mal crónico, puede asegurarse que sufría más que sus dos amigos. Don Mendo se constipaba con la mayor facilidad. Si estando él en el teatro se abanicaba cerca una señora... ¡ets... chís!, ya teníamos a don Mendo resfriado : dos días de cama sudando entre edredones y empapando pañuelos. Creo que esa clase de catarros, llamados *corizas*, consisten en la congestión de una membrana nombrada pituitaria que es así como el forro interior de la nariz. Cuando la pituitaria se constipa vienen los estornudos y la cabeza del interesado saluda,

martillea y parece que va a dar picotazos como el cerco de un reloj. ¡Caramba con doña Pituitaria!

Por fortuna, ni los aires colados, ni los cambios de tiempo son tantos que impidiesen a menudo la asistencia al café a don Tiburcio y don Mendo. El asma de don Juan es mal que no retiene en casa. Lo regular, pues, cada tarde, era ver a nuestros tres amigos, siempre en la misma mesa, charlando reposadamente unas veces, y otras disputando, ante las mismas tazas vacías convertidas en ceniceros, de tal modo, que el forastero que los viese una vez, a su vuelta a Madrid los hallaba y se decía: «¡No se habrán movido en tres meses estos señores?»

Las pláticas de don Tiburcio, don Juan y don Mendo, eran invariablemente recordaciones de tiempos pasados. Oigámosles, pues. Supongamos que somos invisibles y que nos hemos sentado entre don Juan y don Mendo, quienes, por nuestra condición de duendes, no pueden advertir que los oímos. Asistiremos a su conversación y será buena suerte la de quien a ello os

invita si lo que sigue os entretiene y os complace.

—Buena tarde de sol—dijo don Tiburcio—; pero no hay que fiarse. Mis juanetes avisan que lloverá pronto.

—Pues el barómetro sube—repuso don Mendo.

—¡Qué barómetro ni qué garambainas! ¡No hay barómetro más fijo que estos condenados pies! ¡Como que voy a proponerlos al Observatorio en clase de aparatos de precisión! ¡Lloverá mañana! ¡Apostamos algo?

—Lo que sería mejor que discutir y apostar—arguyó don Juan—, sería irnos despacito a tomar el sol.

—¡Quita allá!—protestó don Mendo—. ¡Y atrapar un constipado! ¡No será eso en mis días!

—Una tarde como ésta, allá por el año cincuenta—dijo don Tiburcio—, descubrí yo un crimen. ¡No lo olvidaré! Fué un caso interesante. Escuchad. Tenía yo entonces...

II

—Tenía yo entonces veinticinco años y era muy aficionado a la caza. Recordaréis qué ágil, qué esbelto, qué buen jinete fuí... ¡ay!...

—Al grano. No nos vengas con jactancias, que yo fuí un gran nadador y me lo callo.

—Bien, Mendo : cuando eras nadador no te constiparías...

—¡ Al grano !

—Voy. Pues una tarde como ésta, templada y luminosa, estaba yo con otros muchos amigos de montería. ¡ Ah ! ¿ Por qué llegará uno a viejo y se verá privado de tan grandes placeres ?...

»Partimos muy de mañana y con un tiempo excelente. La comitiva se formó al pie de la escalinata de la soberbia quinta en que nos hallábamos. La jauría de pe-

rrros de raza fina, de vientos largos y veloces pies, andaba entre nosotros jugueteando impaciente: caíales a los canes una lengua roja y húmeda entre los colmillos terribles y sus rabos enroscados se agitaban nerviosos.

»Yo montaba un alazán tan brioso e inquieto que no le podía tocar con la espuela: se encabritaba y brincaba como si sus tendones fuesen de acero. Pero no me caía yo ¡quia! Recordaréis qué buen jinete fuí. ¡ Parecía que me hubiesen sujetado a la montura con grapas y tuercas de hierro.

—¡ Por los clavos de Cristo, Tiburcio! Si continúas haciéndonos el elogio de tus habilidades no llegaremos en toda la tarde a ese crimen que dices que descubriste.

—¡ Vaya por Dios! No le dejáis a uno gozar de sus memorias. El placer, aunque haya pasado, siempre es placer. Una acción buena y una hora feliz, duran siempre en nuestra memoria con inacabable dulcedumbre.

—¡ Filosofías también?

—Vamos, pues, al hecho. Partimos a primera hora con excelentes auspicios. En

la primera batida yo maté un jabalí, dos ciervos y un gato montés...

—¡ Atiza !

—¿ Qué ?

—¡ Nada, hombre ! ¡ Que eres matador !... A largas distancias y a largos tiempos, largos cuentos.

—¿ Creéis que os engaño ?

—No... Mira, Tiburcio : ¿ tú has leído el *Tartarín* de Daudet ?

—¡ Querrás decirme que el jabalí, los ciervos y el gato montés sólo existieron en mi fantasía !

—¿ Será posible que nos entendamos ?— intervino don Juan—. ¡ Siempre el uno y el otro llevándoos la contraria !... Al cazador es necesario permitirle que mienta. ¡ Cuántas veces vuelve un señor muy orondo a su casa con media docena de perdices... que ha comprado ! A propósito de eso recuerdo yo que un día salí de caza y... ¡ como de costumbre !... no maté ni un mosquito. Al regresar compré a un cazador de oficio dos perdices y las metí en mi zurrón. Llegado a casa me preguntó mi mujer : «¿ Qué cazaste ?»... «¡ Puah !... dos perdices»... Y va mi mujer y las coge y las



La jauría de perros de raza fina, de vientos largos y veloces pies, andaba entre nosotros. (Pág. 11.)

huele y me dice : «¡ Maridito mío! ¡ Otra vez procura *cazarlas* más frescas!»...

—Así serían los ciervos, el jabalí y el gato de éste—dijo don Mendo—. ¡ Los ma-



—¡ Yo, con mi escopeta, maté el jabalí, los ciervos y el gato montés!...

taría a l g ú n guardabosque amable...!

—¡ No, mil rayos! Yo no me adorno con plumas de pavo real. ¡ Yo, con mi escopeta, maté al jabalí, los ciervos y el gato montés!... ¡ Y si lo ponéis en duda, no sigo hablando!

—Pasemos por ello y vamos al crimen que dices que descubriste.

—¡ Pero si no me dejáis hablar!

—Ya callamos y te oímos.

—Adelante. Al mediodía, cuando nos disponíamos a almorzar bajo unos robles, en un paraje delicioso, a la orilla de un río cuyas aguas tersas y transparentes retrataban...

—¡Alto! ¡No nos hagas la descripción! Con decir que a la orilla de un río y a la sombra de unos robles, basta...

—¡Retroncho! ¡Si me cortáis el hilo otra vez, no lo cuento.

—¡Cuenta, Tiburcio, cuenta!

—Íbamos en que al disponernos a almorzar se notó la falta de uno de los guardabosques.

—Que estaría matando el famoso jabalí...

—¡Dale! Eres un majadero, Mendo querido.

—¡Y tú, un fanfarrón! Si quieres que te crea lo del crimen, es necesario que rebajes el jabalí y los ciervos. Te permito que hubieses matado un gato... en la cocina de la quinta.

—¡Anda a la porra! Pues bien: se notó, como íbamos diciendo, la falta de un guardabosque. En seguida, temiendo que le hubiese ocurrido algún accidente, en-

viamos en su busca a todos los monteros y pronto nos trajeron una mala noticia. El guardabosque fué hallado al pie de una encina con el cráneo atravesado por una bala... muerto.

»¿Quién era el asesino? Se hicieron las más escrupulosas investigaciones sin resultado alguno. De nadie era lícito sospechar. Los concurrentes a la cacería éramos todos jóvenes de intachable reputación y era absurdo suponer queuviésemos con el muerto resentimiento, odio alguno capaz de inducirnos a un delito tan grave. Por lo que a la servidumbre de monteros, mozos de cuadra, trailleros y demás gente empleada, ninguno, ni por sus antecedentes ni por sus relaciones anteriores con la víctima, nos daba nada malo que pensar.

—¿Quién era el asesino?

—Había yo obtenido aquel año mi título de abogado y me disponía a ingresar en la carrera judicial.

—En la que has dejado fama de hábil y de sabio.

—Gracias, Mendo. Al fin, cuando en serio hablas, me haces favor. Digo que me



Yo examiné detenidamente y una por una aquellas armas... (Pág. 17.)

VERDADES.—2

preparaba para mis futuras funciones de juez aprovechando cuantas ocasiones se me presentaban para ejercitarme en las funciones de mi vocación. Dadas las circunstancias del hecho formé inmediatamente mi composición de lugar.

»—¡ A ver !—grité—. ¡ Que detengan inmediatamente a todos los cazadores furtivos de la contornada.

»En el acto partieron gentes armadas a cumplir mi orden.

»Pocas horas después estaban presos hasta seis maleantes a quienes tomé declaración, sin descubrir en sus respuestas nada que acusase a ninguno de ellos.

»Los aprehensores habían recogido las armas de aquellos merodeadores, cuyas armas eran todas escopetas de pistón de las peores, viejas, rotas, cuál con el cañón abollado, cuál con la culata astillada... servibles inverosímilmente mediante abrazaderas de alambre, zunchos de hierro y atadijos de cuero y de cordel.

»Yo examiné detenidamente y una por una aquellas armas, fijándome en las particularidades de dos o tres de ellas. Todas,

por lo demás, aparecían disparadas recientemente...

»Nada ofrecía una pista, un indicio que me pusiese en camino de descubrir al criminal.

»Puse en ello todo mi empeño, como en una cuestión de amor propio, mucho más, estando, como estaba, haciendo mis ensayos de juez.

»Quise, por ver si algo descubría, presenciando la autopsia que se verificó en la próxima ciudad y con asistencia, por cierto, de los alumnos de la Facultad que aquel año estudiaban Medicina legal.

»Del cráneo del desgraciado guardabosque se extrajo la bala que le diera muerte : una bala de plomo que se deformó algo al perforar el hueso. Convenientemente lavada y desinfectada conseguí tenerla en mis manos y estudiar en ella. Era, según acabo de indicar, una bala del peor plomo, a todas luces de fundición casera. Nadie ignora que en aquel tiempo, y hasta hace muy poco, solían los cazadores fabricarse ellos mismos la munición gorda fundiendo trozos de plomo en crisoles de barro hechos por ellos mismos.

»De esta tosca manufactura era el proyectil que tenía yo entre manos. Hecho sin medida resultó más grande de lo que el cañón de la escopeta permitía y así entró y salió forzado.

»Después de mirar y remirar aquel pedazo de plomo homicida, grité :

»—¡ Está descubierto el asesino ! ¡ Está descubierto !

»—¿ Cómo ? ¿ Por qué ?—me preguntaban los estudiantes que presenciaban la autopsia.

»—¡ Ya lo diré ! ¡ Que venga el juez !

»Vino el juez con el escribano.

»—¿ Qué desea el futuro compañero ?—me preguntó.

»—Deseo ayudar eficazmente a la justicia. Para ello puedo decir a usted que tengo un medio infalible de descubrir al matador del guardabosque. Venga el juzgado conmigo.

»Fuí al lugar donde se guardaban las escopetas cogidas a los cazadores furtivos. Las reconocí nuevamente una a una. Confieso que en aquel instante me temblaban los huesos ante el temor de equivocarme. Sin embargo, mi impresión era cierta ; el

dato precioso, infalible, no tardó en aparecer. ¡ Ahí estaba la huella evidente!... Separando una de las escopetas, dije triunfalmente :

»—El dueño de esta escopeta ha matado al guardabosque.

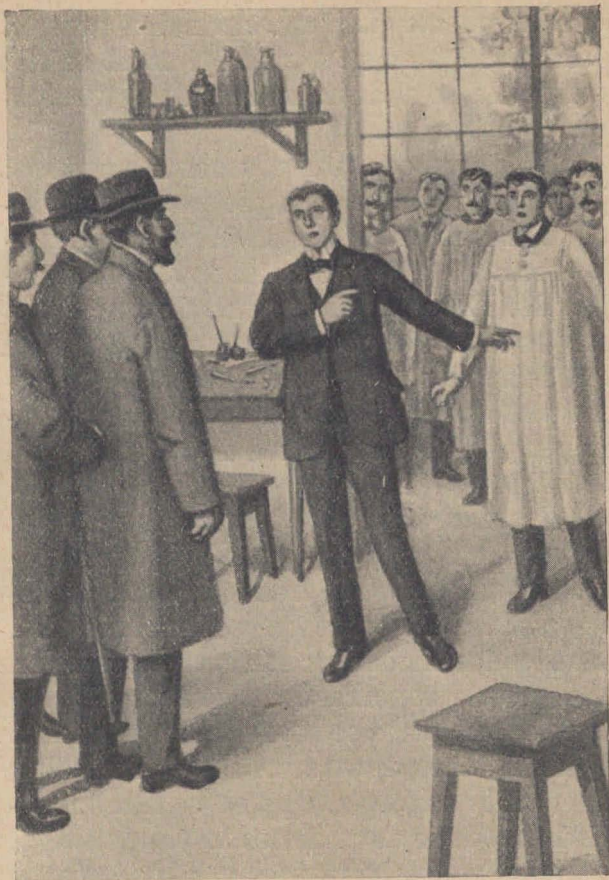
»—¡ Mire usted bien lo que dice !

»—Estoy seguro, señor juez.

»—Está bien. Que traigan al dueño de esa escopeta y el juzgado indagará...

III

»Fué llevado a presencia del tribunal aquel hombre. Su aspecto era deplorable. No miraba de frente ; sus pupilas tenían una vivacidad, una inquietud desconcertante, y en su boca no se borraba una mueca repulsiva. De todos modos, no era repulsivo ; era un tipo vulgar desencajado,



...tengo un medio infalible de descubrir al matador del guardabosque. (Pág. 19.)

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

descompuesto por una agitación grande. El delito era en su semblante como es una tormenta en el firmamento : lo entenebre-
cía.

»Se sostuvo obstinadamente negando. Yo, por mi parte, aunque podía confundirle afirmando su culpabilidad de un modo incontestable, no quise y obré bien callando. Desgraciadamente, después, mis largos años de juez me han enseñado que los delincuentes poseen una extraordinaria velocidad de pensamiento para amañar rapidísimamente sus disculpas y subterfugios.

»Entre el juez y el inculpado se traba siempre un duelo en el que la justicia ataca noblemente y la defensa del criminal es traicionera, enrevesada y marañosa. Los inculpados inocentes suelen conocerse en la valiente sencillez con que proclaman que lo son ; otros se aturden tanto, o tanto se indignan, que su arrebató y ofuscación misma los disculpa. Una acusación infundada produce en el alma limpia de culpa, o la protesta altiva o el anonadamiento resignado. El alma culpable se retuerce, se encoge, trata de escurrirse y a todo me-

dio acude menos al de mostrarse francamente.

»La manera de responder del sospechoso, sus evasivas, y lo mal que disimulaba la turbación que mi denuncia le causaba, acrecentaron mis sospechas.

»No hay cosa más difícil que mentir. Debían enseñarnos a todos, desde niños, que la peor de todas las defensas es mentir. Por muy osado, por muy diestro, por muy listo que el embustero sea, siempre deja un cabo suelto, siempre se descubre en las niñas de sus ojos algo como una nube negra, como una mancha que es la sombra de la mentira. Por otra parte, cualquiera que sea la situación de un hombre, más puede salvarle la verdad que la mentira.

—Sin embargo—arguyó don Mendo—, en ocasiones es preciso disimular.

—Tienes razón. Cuando, por ejemplo, de nuestra palabra depende el honor de la patria o la salvación de un ejército, se puede engañar al enemigo.

—Así lo hice yo una vez y no me arrepiento—dijo don Juan—. Fué en la guerra. Llevaba yo una orden de mis jefes para un destacamento alejado del grueso de

las fuerzas. Era una orden verbal, de palabra, pues se temía que me asaltasen en el camino, como así sucedió, y no era cosa de que me pescasen un escrito. A la mitad de mi camino me vi envuelto por soldados enemigos que, sin que pudiese escapar ni defenderme, me hicieron prisionero. Me preguntaron adónde iba y de qué órdenes era portador.

—¿Y qué hiciste?

—Si negaba, si me negaba a hablar, me habrían fusilado. La única manera de salvar mi vida era decir algo. Si decía la verdad, traicionaba a mi patria. No me quedaba, pues, otro recurso que el engaño.

—Y engañaste.

—Opté por salvar el pellejo y cumplir al mismo tiempo con mi deber. Engañé. Dije a mis aprehensores que llevaba tales y cuales órdenes de que tal batallón atacase por tal flanco. Las órdenes verdaderas eran precisamente todo lo contrario de lo que dije.

—¿Y qué pasó?

—Pues, como es costumbre, por si me apresaban a mí, otro correo por camino distinto llevaba la misma misión que yo.

Este pudo llegar a su destino y como yo había engañado al enemigo, nuestras tropas lo cogieron desprevenido y obtuvimos un triunfo brillante. Yo fuí libertado y condecorado.

—He ahí — dijo don Tiburcio — una treta con buenos resultados.

—Ya ves cómo en algunas ocasiones está permitido mentir.

—¡ Eso lo dices por llevarme la contraria, Mendo ! Ya sabes que la Iglesia Católica condena la mentira aun cuando la verdad pueda causar perjuicios grandes. Apenas si tolera en tales casos la restricción mental ; la regla general, lo que no debe olvidarse, es que quien dice la verdad a Dios alaba.

— Sois insoportables con vuestras disputas y vuestras filosofías — dijo don Juan—. ¡ Sabremos, al fin, algo más del supuesto asesino del guardabosque.

—Voy a ello. A poco que lo estrechamos —siguió su narración don Tiburcio— acabó por confesar su delito. Él había matado al guardabosque ; le había disparado un tiro a mansalva. Según nos dijo, hacía varios años que tenía meditado su crimen en

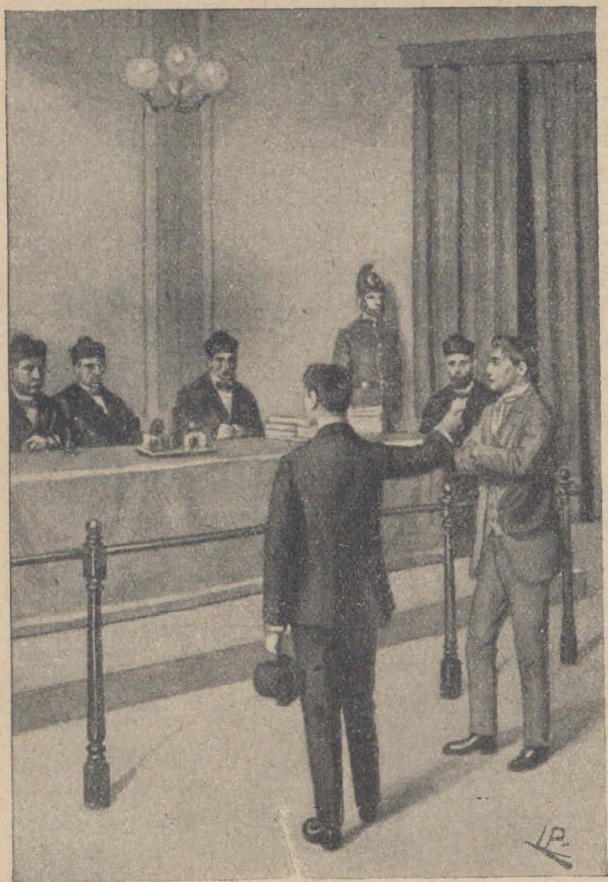
espera de una ocasión para ejecutarlo. Aquella montería le proporcionó la coyuntura deseada.

»Pensó el homicida que en la confusión de la montería, cuando todos los cazadores disparásemos nuestras armas y nadie pudiese reparar en un estampido más, era su momento; y que después se atribuiría la muerte a una bala perdida o a un tiro equivocado.

»Y así pensando se entremetió en las espesuras del monte esperando el momento propicio. Toda la mañana rastreó en pos de los ojeadores escondiéndose y caminando sin ser visto como una raposa. Su práctica de cazador furtivo hacía conocer mil atajos y vericuetos y era, como todos los de su oficio, maestro en escabullirse. Según nos confesó varias veces, emboscado él en las breñas, habíamos pasado muy cerca sin sospechar que hubiese nadie por allí.

—¡ Oh, sí! Esos maleantes son como las raposas, que se meten entre las retamas o en los chaparros y no hay quien las descubra.

—Por fin, la pasión dispuso las cosas



A poco que lo estrechamos acabó por confesar su delito. (Pág. 25.)

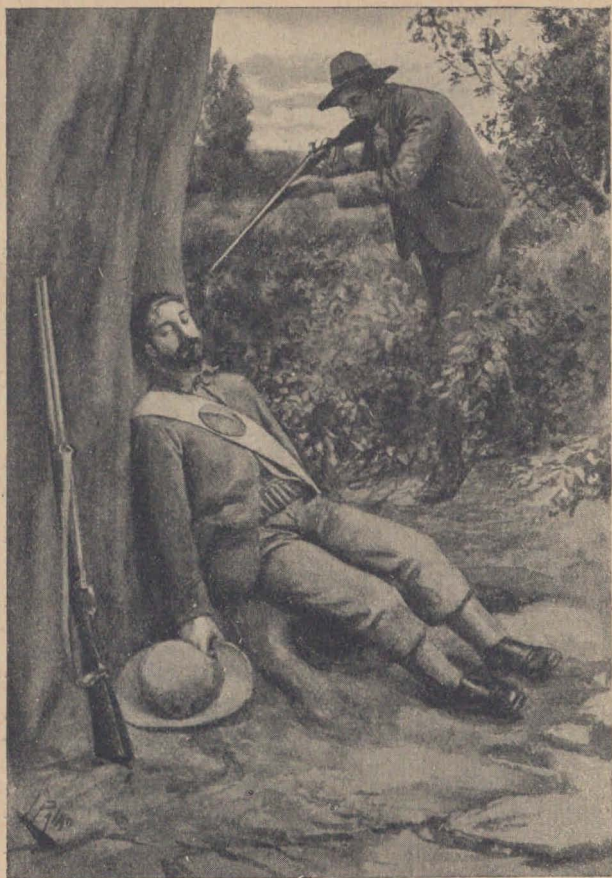
de modo que el delito se cometiera. El guardabosque, rendido de andar por la sierra dirigiendo las batidas y vigilando a la vez, se sentó a descansar un momento al pie de una encina. Tan cansado iba el pobre que se dejó vencer por el sueño.

»¡ Dormido tenía que cogerlo, que era hombre muy valiente y sereno el guardabosque! Era hombre de esos que, por demasiado valientes, por fanfarrones, por ternes, por matones, están destinados a que los mate un cobarde y a traición.

»Al verlo, pues, dormido, el asesino se fué acercando cautelosamente. El golpe era bien sobre seguro. El guardabosque dormía reclinado en el tronco y había dejado su escopeta apoyada en él. Aunque despertase no le daría tiempo el matador a ponerse en defensa.

»La tragedia ignorada y terrible sucedió.

»El asesino apuntó a la sien, apretó el gatillo... y una vida acabó.



—El asesino apuntó a la sien, apretó el gatillo...
y una vida acabó. (Pág. 28.)

IV

—¡ Vaya una historia triste que has ido a recordar, Tiburcio !

—Este es muy fúnebre — añadió don Juan.

—Yo voy—dijo don Mendo—a contaros una aventura menos dramática.

—Espera—opuso don Juan—que nos diga antes éste en que se fijó para afirmar que aquél y no otro era el matador del guardabosque.

—¿ No le has oído que confesó su delito ?

—Bueno ; pero antes de que él confesase su delito, ya Tiburcio, deduciéndolo al parecer del examen que hizo de la bala y de las escopetas, le había señalado a él precisamente entre las cincuenta o sesenta personas que por aquellos parajes andaban. Y yo digo, pregunto : ¿ Qué detalle le hizo descubrir así tan rápida y certeramente al culpable ?

—¡Bah!... Que sonó la flauta por casualidad...

—¡Canastos! Tú siempre, Mendo, quitándoles el mérito a las acciones mías. Pues has de saber, y tú mismo lo dijiste antes, que como juez dejé fama de tener ojos de lince.

—Pues, lúcete, hombre; dinos en qué te fundaste para acusar al asesino y saber que lo era antes de que lo confesase él mismo.

—Pues ahora no me da la gana.

—¡Eres un ogro!

—Y tú un viejo chocho inaguantable.

—¡Anda el jovencito! ... ¡Pero si tú eres más antiguo que la primera pirámide de Egipto!

—¡Carcamal!

—¡Megaterio!

Don Juan ponía paz siempre en estas grescas entre sus dos amigos a quienes los muchos años habían agriado el humor y quienes, por la mucha confianza de un trato continuo e íntimo, se permitían así increparse, a la verdad, sin ánimo de reñir. Para calmarles, don Juan les dijo:

—¡Ahora ni el uno ni el otro habla!

¡Silencio!... Voy a contaros yo un pequeño episodio de mi vida : la aventura de la vaca blanca. ¡Atención!

Don Tiburcio y don Mendo se dispusieron a escuchar.

—Debió acaecer esto—dijo don Juan—por aquel mismo tiempo de ese lance tuyo del guardabosque asesinado. Mi narración tiene la ventaja de ser menos triste. Se trata de una lección que me dió mi conciencia y que no he olvidado ni olvidaré.

»Era yo entonces un mozalbete y gustábame dar largos paseos por el campo para estudiar las asignaturas, cosa que no recomiendo a nadie porque va uno al campo y se distrae viendo un pájaro, un río, un arriero... y no estudia. Ya sabéis lo que dice el refrán : «Estudiante de cama, cocina y sol, no vale un caracol».

—Y que lo digas. Yo siempre juzgo mal de esos muchachos que suelen verse por los jardines y paseos públicos, sentados en un banco, con un libro sobre las rodillas y mirando al cielo. Suspensos están en la contemplación de la Naturaleza, y «suspensos» salen a fin de curso.

—Cierto. El campo, los parques, no son



¿Era un rapaz como de unos doce años que traía en la mano un cencerro y lo hacía sonar. (Pág. 39.)

VERDADES.—3

los mejores salones de estudio... de libros. Saludable es oír al aire libre las explicaciones del profesor o aprender prácticamente la clasificación de los minerales, de las plantas, o examinar, en fin, algún insecto fijándose en sus particularidades y costumbres. Pero el estudio en el texto debe hacerse en casa, en la biblioteca, en las salas de estudio, donde haya quietud, silencio, donde nada le robe a uno la atención.

—¿ Os callaréis?—protestó don Juan—. ¿ Podré contar mi aventura de la vaca blanca?

—Sigue.

—Sigo. Como os indiqué, yo tenía esa mala costumbre de hacer que estudiaba dando largos paseos por el campo. Si nada, o bien poco ganaba con ello mi entendimiento, hay que reconocer que mucho ganaba mi salud, pues entre otras cosas, y aparte, por ejemplo, de la ventaja de respirar aires puros, las caminatas me abrían el apetito.

—Fuiste siempre un tragón.

—Confieso que me dominó una vez el pecado de la gula. Mas ese pecado tiene

su penitencia inmediata. Por comer con exceso contraje una afección al estómago que todavía me dura.

—Todos los pecados que se cometen con los sentidos los castiga el dolor en nuestro cuerpo. Ved cómo mueren los borrachos : sacudiéndose en los espantosos ataques de lo que se llama el *delirium tremens*, que es el martirio más cruel que se puede imaginar.

—El mejor médico son las buenas costumbres.

—Médico es la virtud que nos asegura la salud del cuerpo y la tranquilidad del alma.

—¡ Dale con las filosofías ! ; Me dejaréis contar el episodio de la vaca suiza ?

—¡ Ya te dejamos !

—Reanudo mi relato. Las caminatas, como os dije, me excitaban el apetito, y cierta mañana en que el apetito pasó a la categoría de hambre, me metí el libro en el bolsillo y me dediqué a buscar alimento para mi estómago, despreciando el pan intelectual de las lecciones. Anduve, anduve largo trecho sin encontrar ni ventorro en que comprar un panecillo, ni árbol con

fruta ni cosa alguna que pasar por el gaznate. La carencia de algún comestible avivaba más mis deseos, que siempre la privación exacerba el ansia. En resumen, yo tenía un hambre atroz...

»En tan desagradable situación me hallaba, cuando acerté a ver por el camino un hermosa vaca suiza que venía sola y según todas las trazas perdida por su dueño. Andaba con esa lentitud y seguridad bovinas que parecen expresivas de resignación. Se solía detener a mordisquear en los ribazos.

»La vaca traía la ubre henchida. Sin duda era una de esas vacas sanas y pródidas, que suelen llevarse a la ciudad para ordeñarlas a la vista de los clientes desconfiados.

»La ubre ópima del provechoso animal hízome concebir el propósito de gustar el sabroso líquido. Yo podía saciar mi hambre de aquel modo.

»Ningún consejero es peor que nuestra carne. El cuerpo humano en sus reclamaciones materiales es, casi siempre, inmoral, criminal algunas veces.

»Inmoral y si queréis criminal, puesto

que se trataba de tomar lo que no era mío, era mi hambre.

»Pero el hambre pudo más que todos mis escrúpulos y puse por obra mi deseo.

»Me acerqué a la vaca suiza, la agarré de uno de sus cuernos y la desvié del camino. Era muy mansa, muy dócil. Me obedeció sin esfuerzo alguno. Sin esfuerzo alguno la interné en la floresta y la conduje a un lugar apartado, a un paraje oculto.

—¿Cometiste el hurto?

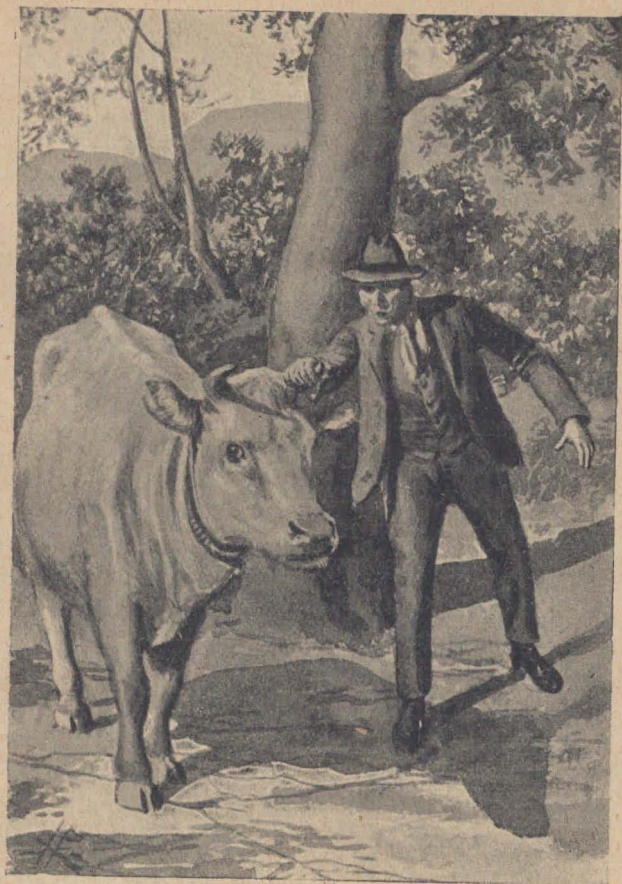
—La Providencia hizo que no pudiese consumir mi fea acción. Una vez que hu-
be extraviado la vaca y que me hallaba con ella en lugar seguro, me planteé un problema sin fácil solución.

—¿Un problema de conciencia?

—Todavía no. Un problema de inhabilidad. El caso era, sencillamente, que yo no sabía ordeñar la vaca, y además, y esto era también grave, que aun habiendo sabido ordeñar la vaca, no tenía yo allí jarro, vaso o recipiente análogo en donde recoger el precioso jugo. ¿Qué hacer?

—¿Si que era chusco el lance!

—Hombre—dijo don Mendo—, yo últi-



Sin esfuerzo alguno la interné en la floresta...
(Pág. 36.)

mamente hubiese procedido como un ternerillo.

—¿Qué?

—¿Qué? Que me hubiese metido entre las patas del animal y...

Don Juan y don Tiburcio se reían de la ocurrencia.

—¡Reíos! ¿Acaso había otro medio?

—No lo había; pero la vaca me hubiese pisoteado. Además, no creáis que es cosa tan fácil... La vaca, en cuanto yo la soltaba pretendía huir.

—¿Qué hiciste entonces?

—Primero lamentarme de mi suerte.

—Tiempo perdido. Las horas, las energías que se malgastan en renegar de la suerte de uno, aplicándolas a buscar el remedio necesario, evitarían, sin duda, muchos contratiempos.

—Razón tienes; pero yo no discurrí de ese modo; y el resultado era que, como Tántalo, tenía cerca de mí el remedio de mi sed y no podía beber.

»A todo esto la vaca me miraba con la mirada grande y dulzona de sus ojos parados y humildes y parecía estarme di-

ciendo : «¿ Qué daño te hice yo para que me distraigas de mi camino ?»

»Mas he aquí que de pronto, no lejos de mí, un cencerro suena, y la vaca, al oírlo, da media vuelta, obligándome a soltar el cuerno de que la tenía asida, y sale marchando y me deja con dos palmos de narices.

»Yo entonces, exasperado, cojo piedras, se las tiro y la obligo a trotar en dirección contraria a aquella de donde el sonido venía. La res castigada huye y quedo solo en el bosque, con mi hambre atroz, sin vaca, y corrido de vergüenza de mí mismo.

»Me disponía a emprender, malhumorado, el regreso a la ciudad, cuando se me apareció un vaquerito entre los árboles. Era un rapaz como de unos doce años que traía en la mano un cencerro y lo hacía sonar.

»Al verme, se dirigió a mí.

»—¡ Caballero, caballero !

»—¿ Qué quieres ?

»—¡ Estoy perdido, señor ! ¡ Me sucede una gran desgracia ! Se me ha extraviado mi vaca blanca. Una mosca la picó, la hizo correr espantada y no la encuentro.

¡ Ay de mí ! ¡ Ay de mí !... ¿ Qué hago yo ahora ? ¿ Cómo vuelvo a mi casa sin mi vaca blanca ? ¿ Qué le digo a mi madre ?... ¡ Señor, señor ! ¿ Ha visto usted por aquí alguna vaca blanca ?

» El muchacho lloraba desesperadamente.

» — Tranquilízate — le dije —, tu vaca blanca anda por aquí cerca y pronto la encontraremos. Yo te ayudaré a buscarla.

» — ¿ La ha visto usted ?

» — Una vaca blanca he visto por entre los árboles y calculo que será la tuya.

» Nos costó poco trabajo hallar al dócil animal que, desde que yo no lo ahuyentaba a pedradas, acudió prontamente a los tañidos del cencerro.

» No son para dichas las muestras de contento del vaquerito. Decía :

» — ¡ Ven acá, vaquilla mía, vaquilla blanca ! ¿ Adónde ibas que mejor te quisieran ? ¡ Mire, mire, señor, cómo me conoce y se alegra !

» — Qué, ¿ la quieres mucho ?

» — Señor : ella es el único capital y sustento de mi madre y de mí.

» — ¿ Da mucha leche ?

»—Mucha, señor, y riquísima. ¿Quiere probarla?

»No deseaba yo otra cosa; pero me pareció mal aceptar un obsequio ganado tan traicioneramente.

»—Si me vendes una poca—dije—te lo agradeceré.

»—¿Vender? Es mi gusto ofrecérsela, señor.

»—Pues, o vendida, o no la tomo.

»El muchacho me miraba perplejo.

»—El caso es—dije—, que ni vendida ni regalada. No tenemos vasija.

»—Por eso no se apure. Vea usted un apechunque que sirve para dos usos: boca abajo, toca; boca arriba, copa.

»Y me mostraba el cencerro, añadiendo para persuadirme:

»—Le prevengo que no es la primera vez que así se hace. Y que el cencerro está limpio.

»En un periquete ordeñó la vaca colmando aquel vaso imprevisto hasta tres veces y otras tantas lo apuré yo con regalo del paladar, satisfacción del hambre y complacencia del estómago. ¡Estaba riquísima la leche!

»Riquísima, sí; pero no podéis imaginar el dolor de corazón, la vergüenza de mí mismo, el hondo arrepentimiento que sentí al dejar de ofuscarme la necesidad fisiológica, carnal...

»Un rústico, un vaquero sencillo e ignorante acababa de darme una lección de hidalguía, de generosidad y de buena crianza a mí, al estudiante, al señorito, al sabihondo...

—Realmente, tú—dijo don Mendo—, habías procedido como un ratero. ¿Qué hiciste para remediar tu falta?

—Pues saqué de mi bolsillo el único duro que tenía y se lo di al vaquerito simpático.

»—¿Cómo se entiende?—me respondió rehusándolo—. ¡No le cobro!

»—¿Me diste palabra de cobrar, vaquerito!

»—Para que bebiese.

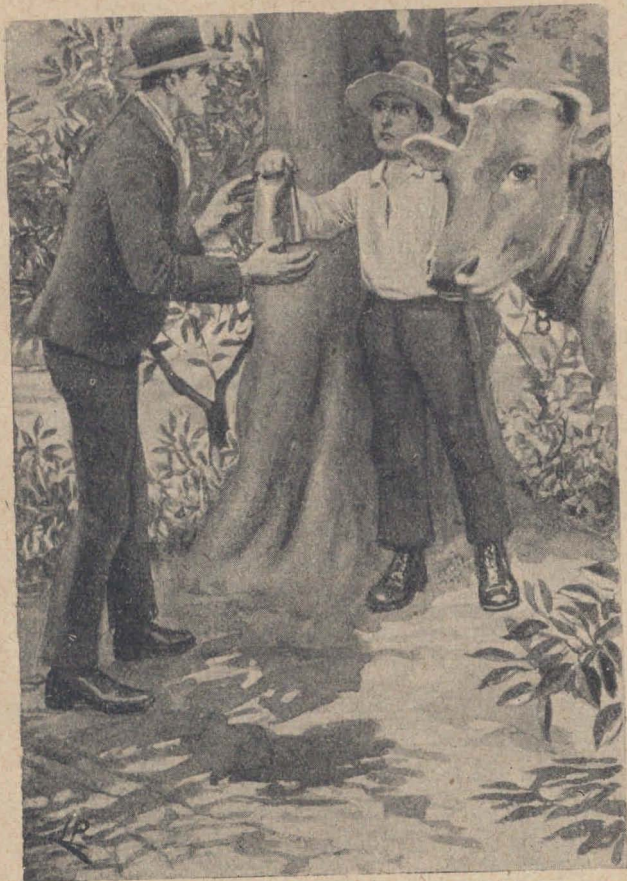
»—Luego me engañaste.

»—No se enoje, señor. Es que aunque cobrar quisiera, no llevo vuelta.

»—El duro entero es para ti.

»—¿Cómo, señor?

»—Para que hoy, al volver del mercado,



—Y me mostraba el cencerro, añadiendo para persuadirme... (Pág. 41.)

le llesves a tu madre esa sorpresa. Le dirás : «Madre, fuí generoso y desprendido obsequiando con leche de nuestra vaca a un estudiante que en premio de mi buena acción me regaló este duro».

»—No... no, señor.

»—¡Ea!—insistí—. ¿Quieres que quedemos amigos? Pues si quieres que quedemos amigos has de guardarte el duro sin rechistar.

»Al separarme del vaquerito, que, quieras o no quieras, tomó el duro, no podéis imaginaros lo alegre que yo iba. Me había quedado sin un real, es cierto ; pero había descargado de un peso mi conciencia. ¡ Señor, Señor!—iba yo rezando—. ¡ Si me dejaste caer en la tentación, también me diste ocasión de redimirme ! ¡ Gracias, Dios mío !

—¡ Y no volviste a saber nada más del vaquerito ?

—Sí. Al poco tiempo, un día llamaron a mi casa y se me presentó el buen muchacho con un par de palomas hermosísimas.

»—Se las traigo—me dijo—en recuerdo de aquella mañana.

»—¡ Pero, criatura!—le respondí—. Tú

eres un pobre y no puedes permitirte esos lujos de regalar cosas de tanto valor. ¿Quieres demostrarme que te acuerdas de mí? Pues mañana me traes un buen brazado de tomillos; de mejoranas y cantuesos, de plantas aromáticas y medicinales que tú cogerás en el monte para tu buen amigo el estudiante. En cuanto a esas palomas, vas y las vendes en el mercado y le llevas a tu madre el dinero.

»—De parte de mi madre se las traigo, que ella misma las crió para usted.

»Fué forzoso aceptar las palomas, que tuve en casa mucho tiempo. Criaron, los hijos de ellas criaron, y también los nietos, y llegué a reunir todo un palomar.

»¿Os ha gustado la aventura de la vaca blanca?

V

—No me disgusta la aventura de la vaca blanca—dijo don Mendo—. Pero no me ha hecho olvidar lo del guardabosque. An-

te todo quisiera yo saber en qué consistió la habilidad de *detective* de Tiburcio. Me tiene rabiando de curiosidad ese asunto. ¿Qué dato, qué detalle te llevó a afirmar que aquél y no otro hombre era el matador del guardabosque?

—¡Bah!—dijo don Juan—. Fué una intuición, una adivinación.

—Nada de eso—replicó don Tiburcio—. Si afirmé fué porque tenía para ello una razón aplastante.

—¡Dila ya!

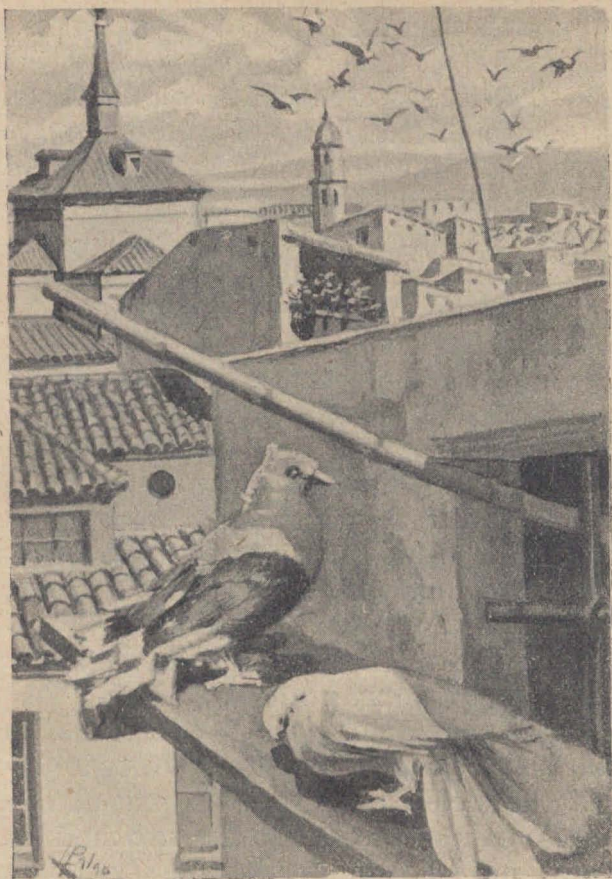
—¡No quiero! Te he de agotar la paciencia ya que tú me haces rabiar todo lo que puedes.

—¡Viejo reservón!

—¡Viejo erizo!

—¡Otra vez más? ¡Estáis ya de pelea? Es necesario que acaben esas quisquillas. Vamos al asunto del guardabosque. Lo que yo encuentro raro es que el matador confesase tan pronto su delito.

—¡La conciencia!—exclamó don Mendo—. ¡La conciencia es terrible! Ella hace hablar a los más cautos y empedernidos fingidores. Yo recuerdo ahora una mala acción de un amiguito mío... ¡pobre mu-



...y llegué a reunir todo un palomar. (Pág. 45.)

chacho!... a quien mató su propia conciencia.

—Cuéntanos eso—pidió don Tiburcio.

—¡ No quiero ! Dinos tú antes en qué te apoyabas para determinar quién mató al guardabosque.

—¡ Ya lo dirá, hombre ! ¡ No conoces ya a Tiburcio ? Cuando menos lo esperemos... entonces lo dice. Déjalo y refiérenos ese lance de tu amiguito.

—Como quieras. Pues, veréis. Érase un amiguito mío—habló don Mendo—, hijo de modestos padres, quienes le educaban escrupulosamente. Mi amiguito se llamaba Luis. Este, a pesar de los intachables ejemplos que en su casa veía y de que todos sus amigos éramos chicos de buena conducta, tenía malas inclinaciones. ¡ Víctima fué de ellas ! Yo le quería mucho y no olvidaré nunca su triste fin.

»Nos reuníamos a jugar casi todas las tardes en unas eras de las afueras del lugar, donde entonces yo vivía, más allá de cuyas eras, por cierto, había unos molinos de viento ya abandonados que servían de guarida a los gitanos muchas veces. Ahora reflexiono yo lo que entonces veía y



Nos reuníamos a jugar casi todas las tardes en unas eras de las afueras... (Pág. 48.)

VERDADES.—4

comprendo muchas cosas de esa raza andariega cuyas costumbres...

—¡ Eh, eh !... Mendo. ¡ No te enredes con las costumbres de los gitanos ! ¡ Al asunto ! Capaz eres de no volver al asunto en una hora.

—¡ Vaya por Dios ! Volveré al asunto. El asunto empezó porque nuestro amigo Luis dejó de concurrir algunos días a nuestra diaria reunión de chiquillos y que los días de ausencia sumaron semanas. « ¡ Estará enfermo Luis ? », pensábamos. El más animoso de la cuadrilla propuso que fuésemos a su casa a preguntar, mas como muchos tenían cierta cortedad y yo siempre fuí muy resuelto, acabaron por encargarme de aquella comisión.

»A casa de Luis me fuí al día siguiente. El cuadro que se ofreció a mis ojos en aquella casa fué bien triste. El padre de Luis, de codos sobre la mesa, sumido en un silencio hondísimo, parecía ir a desmoronarse. ¡ Cómo abrumba y rinde la pena ! Un hombre como aquél, serio, enérgico, se doblegaba a la pesadumbre de su disgusto tanto, tan lamentablemente, que daba hasta compasión.

»La madre, mujer todavía joven y hermosa, tenía en su rostro la expresión tremenda de la Virgen de la Soledad. Y un pequeñuelo, hermano de Luis, miraba a sus padres, espantado, sin darse cuenta de lo que sucedía.

—¡ Nos meterás el corazón en un puño ! Cuenta lo que le sucedió a tu amigo y déjate de descripciones y de sensiblerías. ¡ Mira que pareces un novelista cursi !

—¡ Voy al asunto ! Era vecino de mi pobre amiguito Luis un coronel retirado, viudo y sin hijos, que vivía solo y sin más compañía que la de un viejo criado cojo que en la guerra fué su asistente, y la de muchos pájaros, que ambos cuidaban con el mayor esmero.

»Entre estos pájaros había uno muy notable : un pequeño y nervioso estornino que el coronel había conseguido domesticar perfectamente. Figuraos que el pájaro vivía en la casa, pero no en jaula que lo encerrase ni tampoco atado por hilo o cadena que lo tuviese sujeto : su cautiverio, si tal cosa puede llamarse, era voluntario. Estaba, en suma, suelto el estornino y podía volar y volaba a su placer.



...Luis, miraba a sus padres espantado, sin darse cuenta de lo que sucedía. (Pág. 50.)

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

Sin embargo, no se iba. En el patio de la casa del coronel había dispuesta una especie de alcándora como las que se usan para los loros : una peana, un pie derecho con dos travesaños y en uno de ellos, al extremo, el comedero del estornino.

»El estornino parecía dotado de singular inteligencia. Conocía al coronel y lo acariciaba a su modo con sus piadas, aleteos y hasta mimosos picotazos. Si el estornino se permitía volar a un árbol, a un tejado... bastaba que el coronel apareciese en el patio y silbase de un modo especial, para que el pájaro viniese de un vuelo a posarse en la alcándora. Entonces se entablaba entre el coronel y el estornino un diálogo singular.

»—¡ Buenos días, picarón !

»—¡ Piii... !

»—¿ De dónde vienes ? ¿ No sabes que andan por ahí gatos feroces que te comerán si te descuidas ?

»—¡ Piii... piii !

»—¿ No sabes que hay muchachos mal educados y de malos instintos que tiran piedras a los pájaros y aun plomos con hondas y tiradores de gomas ?

»—¡ Piii... piii... !

»—¿ No sabes, en fin, desgraciado, que existen cazadores tan insensatos que matan a los pajarillos, ignorando que sois los principales amigos del hombre, los que limpiáis el campo de malas semillas, de larvas, de insectos dañinos para las plantas; los que combatís aquellos otros insectos más terribles que propagan las epidemias? ¿ No sabes todo esto? ¿ No les temes a los gatos, a los gavilanes, a los muchachos y a los cazadores, bribón, mala cabeza, descastado?

»—¡ Piii... piii !

»—¡ Me vas a matar a disgustos !

»—¡ Piii... !

»—Sabiendo todo eso, grandísimo imprudente, ¿ por qué te alejas?

»El estornino miraba al coronel con el uno y con el otro ojo moviendo su cabeza graciosamente y parecía responderle :

»—¡ No comprendo que siendo yo tan bonito nadie quiera hacerme daño !

»Y para desenfadarle cantaba muy armoniosamente y aleteaba luciendo los reflejos de su plumaje. Finalmente el coronel decía :

»—Vamos a acostarnos, señorito.

»Entonces el estornino saltaba al hombro del coronel. ¡Era de ver aquello! Con el pájaro así posado que parecía darle besos con su pico, el coronel se retiraba a cenar. Mientras cenaba andaba por la mesa el estornino comiendo migas de pan... A veces tomaba una hoja de lechuga del propio plato del coronel.

»Dormía el estornino en el comedor, sobre el reloj de pared, y parecía un adorno del reloj.

»Un animalito así, tan bonito y bien educado, hubo mil veces de llamar la atención de nuestro amiguito Luis que se embobaba viéndole y oyéndole cantar.

»Esta admiración fué poco a poco derivando en deseos de poseer el delicioso pajarillo, y estos deseos pasaron a ser propósito criminal de apoderarse de lo ajeno contra la voluntad de su dueño; deseos, digámoslo de una vez, de robar el estornino.

—¡Qué vergüenza!

—¡Qué lástima de muchacho!

—Una verdadera lástima, en efecto. Dominado por tan innoble y bajo deseo, mi



...y aleteaba luciendo los reflejos de su plumaje. (Pág. 53.)

amigo Luis empezó a entrar en el patio del coronel y a ir familiarizándose cautelosamente con el estornino.

»Al coronel le fué simpático aquel muchacho que entraba en su casa llevado, juzgaba el noble militar, por un sentimiento delicado. Así engañan los malos a los buenos. Y creyendo el coronel que Luis era bueno, y deseando cultivar en él tales aficiones, le permitió que frecuentase su trato y muchos días que fuese él, Luis mismo, quien limpiase y provistase el comedero del estornino.

»De este modo fué consiguiendo Luis que el animalito le conociera y se confiase; consiguió imitar tan propiamente el silbido del coronel, que el estornino acudía, y consiguió, en fin, que también se posase en su hombro.

—¿No le bastaba con eso? Si el estornino le gustaba y podía ir a verlo y a jugar con él siempre que quería, ¿qué necesidad tenía de robarlo?

—Los ladrones—dijo don Juan—lo son muy pocas veces por necesidad. La necesidad no conduce al hombre a actos ilegítimos cuando el alma del hombre está

orientada hacia el bien. En ese caso, la necesidad es estímulo saludable que anima y decide la voluntad a las empresas más provechosas y progresivas. Por necesidad de acortar los viajes, inventó el hombre el tren; por necesidad de alumbrarse, la luz eléctrica. No, la necesidad no es una disculpa.

—En fin: sucedió lo que habréis previsto—dijo don Mendo—. Un día Luis entró en el patio creyendo que el coronel estaría ausente y esperó a que el criado anduviese en sus faenas por el interior de la casa.

»Cuando juzgó que nadie le veía silbó suavemente para atraer al estornino.

»Acudió, como siempre, el animalillo, y Luis, con la mayor cautela, fué confiándolo, confiándolo... Lo acarició, lo hizo posarse en su hombro, en su mano, y en el momento en que lo tuvo seguro, ¡zas! de una manotada, de una zarpada, como haría un gato o un ave de rapiña, lo apriisionó.

»Temblaba y rebullía entre sus manos el estornino y piaba lastimeramente cual si pidiese socorro.

»El silbido de Luis y las piadas del estornino llegaron al finísimo oído del coronel, acostumbrado a percatar en la guerra y en la sierra los ruidos más ligeros. Acudió, pues, alarmado, temiendo que su pajarillo predilecto estuviese entre las uñas de un felino. El coronel, que iba a salir de caza, tenía ya colgada del hombro su escopeta.

»Ahora imaginaos la sorpresa de los dos : la del coronel al ver a su amiguito, que él supuso un buen chico, bien educado y leal, convertido en un rateruelo ; la de Luis al ser sorprendido por el coronel en el momento mismo de estar realizando el robo.

»El coronel, sin darse cuenta en el primer momento de lo que pasaba—¡ cómo iba a sospechar el buen señor una cosa así!—quedó plantado en el umbral de la puerta como quien ve visiones.

»Luis, al saberse cogido, quiso ocultar su acción, y para ello se metió rápidamente el pájaro en el bolsillo y echó a correr ; pero el pájaro se sacudía, aleteaba, piaba, chillaba ; consiguió sacar del bolsillo la cabeza y después... escapar.

»En este instante precisamente descubrió el coronel toda la maniobra y gritó :

»— ¡ Ah, rateruelo !... Espera, espera...

»Luis corría a todo correr.

»— ¡ Espera, espera... granuja !—gritaba el coronel.

»Y Luis corría como alma que se lleva el diablo. El terror había a puesto alas a sus pies ; corría y temblaba al mismo tiempo, lívido, desencajado, con el espanto y la vergüenza horrendamente pintados en el rostro.

»El corazón parecía irle a estallar.

»Golpeábale en las sienes la fatiga y le iba faltando el aliento.



»— ¡ Ah, rateruelo !... ¡ Espera, espera...

»Corría... corría... creyendo que iba detrás furioso y terrible el coronel.

»Así llegó a su casa el pobre muchacho despavorido. Se encerró en su habitación. Allí, a solas, pensó en la gravedad de lo sucedido. Había perdido el honor para siempre : ¡ estaba deshonrado ! En lo sucesivo sería ya a los ojos de todo el mundo un ratero, un descuidero. Las gentes honradas se apartarían de él con asco ; sus padres se avergonzarían de tener un hijo así.

»Era mejor, cien veces mejor, haber muerto que haber caído en semejante oprobio. La vida, cuando se ha perdido el honor, es una carga. ¿ Con qué cara se presentaría a su honrado padre, a su bonísima madre ? ¡ Oh !... ¡ Qué tremenda mancha había echado sobre su familia ! Sus parientes le negarían diciendo : « No tenemos nada que ver con ese malhechor »... ¿ Cómo volvería a vernos a nosotros, sus amigos ? « Apartaos de ése—diríamos— ; apartaos de ése... ¡ que es un ladrón ! »

»Todas estas ideas eran como mazazos en la cabeza del pobre Luis. Empezó a escalofriarse, a dar diente con diente y pron-

to cayó al suelo acometido por una dolorosísima crisis nerviosa.

»A sus gemidos acudieron sus padres. Figuraos la tristísima escena al encontrar ellos a su hijo pálido como un cadáver, en el suelo, sacudido por espantosas convulsiones.

»—¿Qué tienes?

»—¿Qué te pasa?

»Luis no respondía. La pobre madre prorrumpió en desesperados alaridos.

»—¿Hijo de mi alma! ¿Qué tienes? ¿Qué te ha dado? ¡Ay, que se me muere el hijo de mis entrañas!...

»Entre ambos lo desnudaron y lo metieron en el lecho. Luis fué invadido por altísima fiebre: quemaba; y su pulso latía con alarmante velocidad.

»Empezó el delirio; en su delirio, Luis iba contando todo lo acontecido.

»—¿He robado! ¡Soy ladrón! ¡La guardia civil me persigue! ¡Ya me prenden! ¡Ya me ponen las esposas! ¡Ya me ponen los grillos! ¡Ya me encierran en el calabozo!... ¡Me condenan a muerte!... ¡Me van a ahorcar!... ¡Ya viene! ¡Ya viene!

¡ Ya viene !... ¡ Ya viene el verdugo ! ¡ El verdugooooo !...

»A sus crispaciones crujían las maderas de la cama ; su respiración era angustiosa ; íbanse siniestramente dilatando sus pupilas...

»El padre de Luis, al ir descubriendo las causas de aquel desvarío, se llevó las manos a la cabeza.

»—¡ Dios Santo !... ¡ La deshonra !

»Nada hubiese consternado más al buen padre. Repetía :

»—¡ La deshonra, Dios Santo !

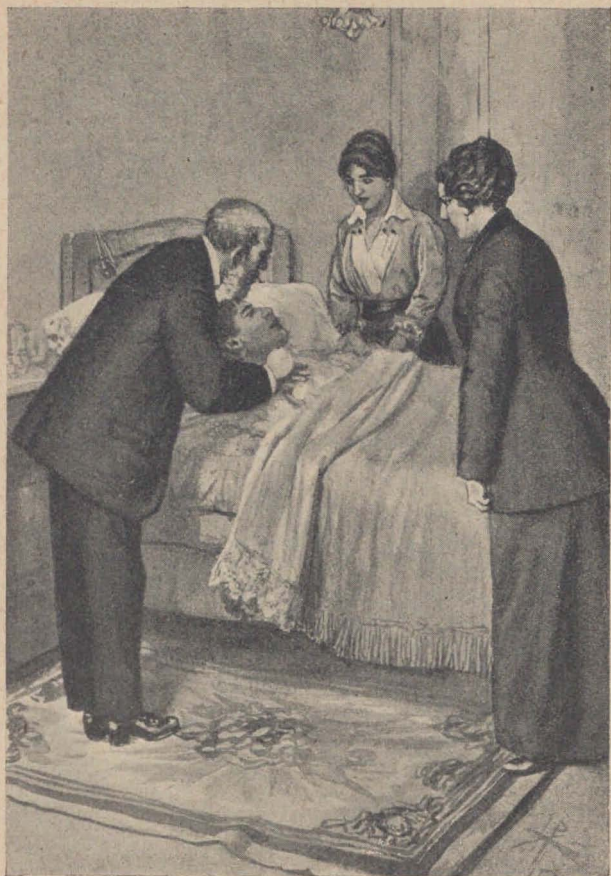
»Llamaron al médico. El médico examinó detenidamente a Luis, y después de silenciosas reflexiones, después de un mutismo aterrador, movió desoladoramente su cabeza para pronunciar la palabra fatídica :

»—¡ Meningitis !

»Cesó el delirio de Luis. Ahora emitía sonidos inarticulados, una especie de hi-po, un chillido.

»—Hi... hi... hi...

»Las meninges, como sabéis, son las membranas que envuelven el encéfalo ; el forro de los sesos, para decirlo del modo



—Y así murió. (Pág. 64.)

más vulgar. Estas membranas se inflaman, se hinchan, se van haciendo gruesas, más gruesas, y como de un lado está la pared de hueso del cráneo, al obrar como una cuña aprietan, comprimen los sesos : es como si le pusieran a uno un casco de hierro que se fuese reduciendo, cerrando y apretando, apretando hasta estrujarle la cabeza... Ningún tormento es tan grande.

»Chillaba Luis :

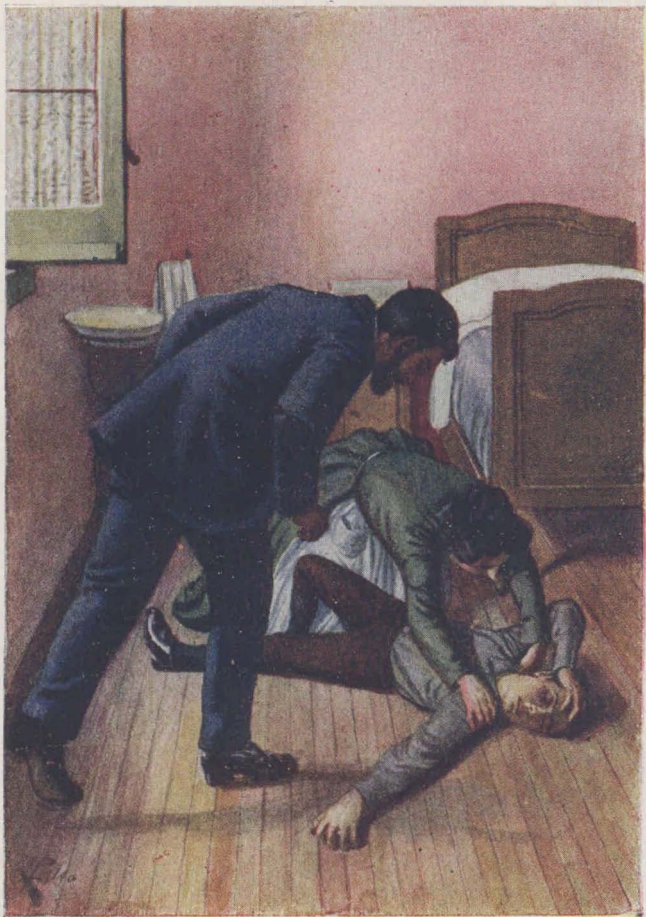
»—¡ Hi... hi... hi... !

»Y así murió.

VI

—Pues, señor—dijo don Tiburcio—; ¡ está buena la tarde ! Entre la historia del guardabosque y ésta que acabas de contarnos del estornino, me habéis metido el corazón en un puño.

—A propósito del guardabosque—dijo



...pálido como un cadáver, en el suelo, sacudido por espantosas convulsiones. (Pág. 61.)

VERDADES.—5

don Mendo, a quien la curiosidad tenía impaciente—. ¿Nos querrás decir de una vez, Tiburcio, en qué te fijaste para descubrir al asesino?

—¡No te lo digo! Has de penar, viejo impertinente.

—Dilo ya, hombre.

—¡Que no!...

—¡Anda y que te zurren!

—A cuento de casos de conciencia—dijo don Juan—recuerdo yo ahora uno muy curioso. Como todavía no es hora de cenar, voy a contároslo.

»Érase un matrimonio joven en muy modesta posición que fué sorprendido por la grata noticia de haber heredado una regular fortuna. Había fallecido un tío lejano de la mujer que le dejaba a ella y a otro sobrino un patrimonio respetable.

»Se entrevistaron con el mencionado otro sobrino, primo de la mujer, que era lo que suele llamarse un tarambana, un calavera. Desiderio se llamaba el tal y no tenía pizca de aprensión.

»Desiderio dió cuenta a su prima, cuyo nombre era Celia, de cuántos y cuáles eran los bienes heredados, y además puso

a ella y a su marido al tanto de un secreto de familia. Se trataba de una memoria privada hallada por Desiderio entre los papeles del difunto. Confesaba en ella el tío que la más valiosa de las joyas que poseía, un soberbio anillo con un enorme brillante, era robada. Y aconsejaba a sus sobrinos que no la usasen.

»El problema era éste : ¿ qué hacer con el anillo ? No les pertenecía, pero ignoraban a quién lo debían restituir.

»—Yo—dijo Desiderio—lo vendería.

»—Eso sería aprovecharnos del robo. Yo consultaría el caso con mi confesor.

»—Veamos de qué joyería procede, a ver si por ahí descubrimos quién es el dueño legítimo.

»—Aquí está la joya—dijo Desiderio.

»—Vuestro tío—dijo el marido de Celia—destruyó el estuche primitivo y se hizo construir éste que en lugar de etiqueta de la joyería, tiene sus iniciales.

»—¿ Y si enviásemos la sortija a un hospital, a un asilo para que con su valor se atendiese a los enfermos ?—dijo Celia.

»—Muy bien pensado—aprobó Desiderio— ; y de eso yo me encargo. Iré al asilo



—Aquí está la joya—dijo Desiderio. (Pág. 66.)

con un gabán, con el cuello subido, con los anteojos de automovilista puestos de modo que no se me vea la cara. Llamo a la puerta y digo : «Que venga la superiora». Viene la superiora y hablo así : «una persona cuyo nombre no quiere que se sepa, regala esto al asilo» y... dicho, salgo de prisa, salto al automóvil que he dejado sin parar el motor y desaparezco... ¿Qué tal ?

»—Bien.

»Celia y su marido desconfiaron. Lo probable era que Desiderio no llevase el brillante al asilo. Desiderio era jugador... Celia y su marido se hubieran opuesto a la solución dada al asunto por Desiderio ; pero hacía unas horas no más que lo trataban, y por delicadeza...

»Quedaron así las cosas. Iban los tres a casa del escribano a informarse de los papeles de la herencia, cuando al pasar cerca de un sumidero de una alcantarilla, Desiderio dijo :

»—Por aquí voy a arrojar el estuche. Con la sortija me quedo para lo dicho.

»Y arrojó, en efecto, por allí el estuche.

»Y se quedó con la sortija que, como Celia y su marido sospechaban y vosotros

habréis sospechado también, no fué a ningún establecimiento de caridad, si no a manos de un judío que la pagó en bastante menos de su valor.

»A la mesa de juego se marchó Desiderio con el producto de su felonía.

»Amanecía cuando regresó a su casa más borracho que una uva y sin una peseta... Lo que procedía de un delito se lo llevó otro delito.

»Celia y su marido ignoraron siempre esto. Hecha la partición, correspondió a Desiderio, entre otras cosas, una granja con su buena casa y huerto de frutales. Disponíase a marchar a esta finca y a punto de partir estaba.

»Y en aquel momento le llegó una visita inoportuna : uno de esos obreros del farolillo rojo que trabajan en las alcantari-llas.

»—¿ Qué desea usted ?

»—Pues haciendo el recorrido noches pasadas, encontramos, en una de las atargeas un estuche cerrado. Y vamos y decimos : «Pues a llevárselo al jefe, sin abrir, y que él decida». Y el jefe va y nos dice : «¡ Bien, muchachos, así se hace ! Y yo

tampoco quiero ver lo que hay aquí dentro. Por las letras grabadas en el estuche sé de quién es. Precisamente se trata de una persona que falleció hace poco y estoy enterado de quién es uno de los herederos y de dónde vive. No hay sino llevarle esto.»

»—Bien—dijo Desiderio—, déjelo ahí.

»—Le prevengo que cayó en seco, que está limpio.

»—Bueno, bueno.

»—Y además, el jefe nos dijo : «El heredero siempre dará una propina...»

»Dió un par de duros Desiderio al obrero, y cuando estuvo solo cogió el estuche, lo metió en el baúl, que estaba haciendo, y dijo para sí : «Yo te aseguro que ahora no te volverán a encontrar».

»¿ Por qué—me diréis—no lo quemó y hubiese acabado de una vez?... ¡Ay, amigos míos ! Porque la Providencia, en sus altos designios, dispone las cosas de modo que nosotros, los mortales, no nos las solemos explicar.

»Desiderio halló en su finca un hito de piedra que marcaba el límite de su propiedad, y allí, de noche, enterró el estuche.



—Y arrojó, en efecto, por allí el estuche. (Pág. 68.)

Era, en verdad, sitio muy seguro al parecer.



...y allí de noche, enterró el estuche...
(Pág. 70.)

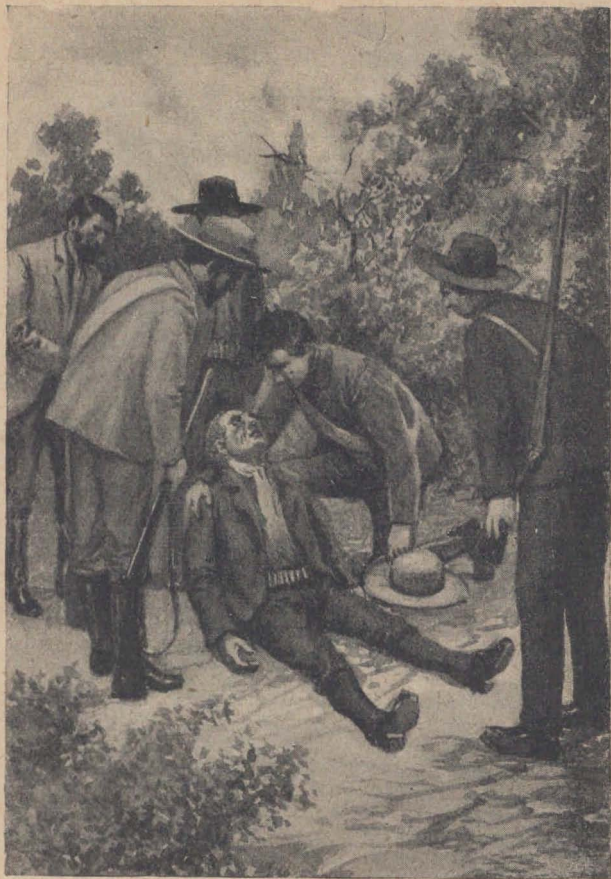
VII

— ¿Y qué más pasó?

— ¡Ahora sí que te he cogido, Tiburcio! No te contaré el final de mi historia si tú antes no nos dices el de la tuya. Sepamos el fin: ¿en qué te fundaste

para señalar tan reiteradamente cuál de los cazadores furtivos era el matador del guardabosque?

— Puesto que os empeñáis, lo diré. La bala había arrancado una esquirla, una



El muerto había matado, a su vez, y en circunstancias parecidas, a su padre. (Pág. 74.)

viruta del bronce del cañón. Una de las escopetas tenía el cañón desportillado... Comprobé que faltaba de allí y que era reciente el desprendimiento de aquella partícula de metal...

—¡Toma, toma, toma!...—dijo don Mendo—. ¡Eso no tiene mérito! ¡No tiene nada de particular!...

—¡Nada! Después de sabidas, las cosas más difíciles nos parecen muy sencillas. Así es la ciencia.

—A otra cosa. ¡Y por qué mató a aquel hombre?

—Por venganza. El muerto había matado, a su vez, y en circunstancias parecidas, a su padre. También en una montería y siendo guardabosque. ¡Como que lo mató para ocupar su vacante!

—Y el hijo trataba de recuperar el cargo de su padre por los mismos medios.

—Así era.

—El que a hierro mata, a hierro muere.

—Dios castiga...

—Dinos ahora, Mendo, el final de la historia de Desiderio.

—No hay inconveniente. Desiderio, des-

pués de haber enterrado el estuche debajo del hito o mojón, no se volvió a acordar del asunto.



...se rompió el cráneo contra el hito.

derio se rompió el cráneo contra el hito...

—¡ Oh... oh !

—Dios castiga...

»Mas he aquí que un día, paseando por aquella parte de su finca, ve unas excelentes peras maduras, apetitosas, en un peral del huerto de su vecino. Desiderio era poco escrupuloso ; buscó una escalera y un cesto y trepó a robar la fruta del cercado ajeno... y

—¡ Qué ?

—La escalera resbaló y Desiderio se rompió el cráneo contra el hito...

.....
.....

En el café empezaron a encenderse las
luces. Los tres viejos camaradas se levanta-
ron. Iba siendo la hora de cenar.

Don Mendo iba murmurando :

—¡ Nunca se sabe por dónde viene la
justicia de Dios !

FIN



BIBLIOTECA SELECTA

VOLÚMENES PUBLICADOS

1. El molino de los pájaros.
2. Corazones dormidos.
3. Flores de juventud.
4. La vanidosa Alicia.
5. El espadachín.
6. El heredero.
7. La fuerza del bien.
8. El sueño de Pepito.
9. Juegos y hazañas de animales.
10. Cuentos de Andersen (tomo 1.º).
11. Cuentos de Andersen (tomo 2.º).
12. La cabaña del tío Tom.
13. Robinsón.
14. El teatro de los animales.
15. Verdades y fantasías.
16. Mimos de niña.
17. El instinto de los animales.
18. El amor y la guerra.
19. El premio gordo.
20. Un ministerio de animales.
21. La pícara vanidad.
22. Un Charlot del mundo animal.
23. Un experimento del doctor Ox.
24. Un drama en los aires.
25. Por mentir.
26. Rosina.
27. Paquito el explorador.
28. Desconocida aventura de Teresa Panza.
29. El Angel.
30. Ib y Cristina.
31. El último sueño del roble.
32. El cofre volador.
33. El tío «cierra el ojo».
34. La virtud del borrico.
35. Fábulas de Iriarte.
36. En otros tiempos.
37. La campana.
38. Los forzadores del bloque.
39. Una ciudad flotante (primera parte).
40. Una ciudad flotante (segunda parte).
41. Miguel Strogoff (1.ª parte)
42. Miguel Strogoff (2.ª parte).
43. Las Indias negras (1.ª parte).
44. Las Indias negras (2.ª parte).
45. El rigor de las desdichas.
46. Los huevos de Pascua.
47. La guirnalda de flores.
48. La paloma.—El canario.
49. El canastillo de flores.
50. El honrado Fridolin.
51. La «Granja de los Tilos».
52. Rosa de Tanemburgo.
53. El nido del pájaro.
54. La cruz de madera.
55. El condesito.
56. La condesa Ida.